

Población africana en una sociedad ranchera

Celina Guadalupe Becerra
Universidad de Guadalajara

Introducción

Aunque no se cuenta con cifras sobre la distribución regional de los primeros esclavos africanos en Nueva España, hasta hace poco tiempo se aceptaba que había sido en las zonas costeras, así como las dedicadas a la agricultura para exportación, donde se utilizó más intensivamente su mano de obra.¹ Sin embargo, a partir de las investigaciones pioneras de Gonzalo Aguirre Beltrán, estudios de nivel regional y parroquial, han demostrado que el africano tuvo una presencia más fuerte de lo que se creía en regiones alejadas de las costas y dedicadas a actividades relacionadas con las economías locales o regionales.²

En los últimos años el interés por analizar los problemas relacionados con la esclavitud negra y sus consecuencias para la conformación de la sociedad colonial se ha traducido en trabajos que empiezan a indagar sobre el tema desde muy diversos ángulos. En un panorama en el que todavía prevalecen los vacíos de información y las preguntas que esperan respuesta, todos estos esfuerzos han resultado valiosos.

Los trabajos históricos sobre regiones agroganaderas, cuya producción se dirigía a abastecer los mercados locales donde no se establecieron haciendas ni plantaciones, no han prestado atención a la población de origen africano o siquiera reparado en su existencia. Este es el caso de Los Altos de Jalisco, donde su tradicional etiqueta como terri-

1. Adriana Naveda Chavez-Hita. *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1690-1830*. Jalapa: Universidad Veracruzana. (Historias Veracruzanas, 4), 1987, pp. 35-61.
2. Patrick J. Carroll. *Blacks in colonial Veracruz. Race, Ethnicity and Regional Development*. Austin: University of Texas Press, 1991, p.XI; Thomas Calvo. *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y Economía*. Guadalajara: CEMCA-Ayuntamiento de Guadalajara, 1992, pp.43-46. Lo mismo ocurría en otras regiones de Hispanoamérica, según lo demuestran Clotilde A. Paiva y Douglas Cole Libby. "A Middle Path: Slavery and Natural Increase in Nineteenth-Century Minas Gerais". *Latin America Population Bulletin*, núm. 23, primavera, 1993.

3. José Antonio Gutiérrez Gutiérrez. *Los Altos de Jalisco. Panorama histórico de una región y de su sociedad hasta 1821*. México: CONACULTA (Col. Regiones), 1991 p. 345.
4. Jalostotitlán se encuentra situado al noreste del actual estado de Jalisco, en el centro de la región alteña. Durante el período estudiado su jurisdicción parroquial comprendía los actuales municipios de San Miguel el Alto, Cañadas, Valle de Guadalupe y el propio Jalostotitlán.
5. Enriqueta Vila Vilar. *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1977, p. 233.

torio de rancheros criollos, ha dejado en el olvido el papel desempeñado en la conformación de la región por la población africana que llegó hasta estas tierras desde épocas tempranas. Quizá por ello algunos historiadores han atribuido a los mestizos el peso más importante como mano de obra en el campo, mencionando la presencia africana sólo cuando aparece alguna referencia en padrones eclesiásticos o en las descripciones coloniales. Aun cuando se presentan datos de padrones que registraban hasta un 8% de población esclava, no se han explorado la suerte ni el papel que sus descendientes pudieron correr en la sociedad alteña.³

Por otra parte, la importancia de la población negra en Los Altos se revela desde el primer acercamiento a censos y registros parroquiales que se conservan en la parroquia de Jalostotitlán, ubicada en el centro de la región alteña. Es por ello que en los próximos párrafos se discute la importancia que pudo alcanzar este grupo étnico, ya fuera en condiciones de esclavitud o libertad.⁴ Las preguntas que interesa contestar aquí giran en torno al número de la población de origen africano en el centro alteño y el papel que jugaba en la organización del espacio ranchero a fines de la época colonial.

Población esclava en Los Altos

Es probable que los primeros africanos llegaran a Los Altos a principios del siglo XVII. Éstos debieron pasar a interiores de la Nueva Galicia para integrarse a actividades mineras⁵ y desde allí se dirigieron a las zonas vecinas, con las que existían constantes relaciones comerciales.

Para Jalostotitlán, la mención más antigua que se ha podido localizar sobre población cautiva data de 1655 y se refiere a una esclava "negra de nación llamada María", de 36 años de edad quien, con sus cinco hijos nacidos en tierras neogallegas, formaba parte de la servidumbre de don Cristóbal Muñoz de Hermosillo, labrador y criador de ganados mayores, propietario de la estancia de Mirandilla y de un hato de 11 esclavos. Aunque no se menciona

el lugar ni la fecha de adquisición de María, el hecho de que otros esclavos del mismo dueño hubieran sido adquiridos en Guadalajara y los nexos comerciales que dicho Muñoz de Hermosillo mantenía con el Bajío y otros puntos de la Nueva España, permiten suponer que los terratenientes alteños tuvieron acceso al mercado de bozales desde temprana época.⁶

En el mismo inventario de los bienes de Muñoz de Hermosillo aparece otra esclava con dos hijas. Esta esclava, de la que no se especifica lugar de origen, se señala como “negrilla”, mientras sus hijas están anotadas, una como “negra” y otra como “mulatilla”.

Poco a poco se generalizó el uso de esclavos en las estancias y ranchos de Jalostotitlán para apoyar las labores del campo y se inició la mezcla étnica de éstos con indígenas y aún con criollos, dando origen a gran número de mulatos.

Aunque algunos estudiosos de la región señalan que la utilización del trabajo esclavo disminuyó desde el siglo XVII, no proporcionan ninguna cifra para la población total, ni con respecto a los otros grupos étnicos que permitan confirmar esta hipótesis o comparar siquiera esa época con otras.⁷ Por el contrario, los registros parroquiales proporcionan evidencias de que durante el siglo XVII se extendió la presencia africana en Los Altos, al mezclarse sucesivas generaciones de esclavos con mujeres libres, de tal forma que, entre 1635 y 1645, el 9% de los bautismos registrados en Santa María de los Lagos—hoy Lagos de Moreno—eran producto de alguna mezcla con sangre negra y para fines de esa centuria alcanzaban el 17%.

Otros lugares de la Nueva Galicia presentaron una evolución más acelerada. Ameca, jurisdicción con haciendas muy productivas, pasó del 8 al 25% de bautismos mulatos y de castas entre 1671-1679 y los primeros años del siglo XVIII.⁸ La presencia mulata se volvería más notoria durante este siglo en el occidente. Sahuayo, parroquia de los límites entre los obispados de Guadalajara y Valladolid, adquirió rasgos mulatos entre 1700 y 1750.⁹

6. Archivo del Arzobispado de Guadalajara. *Cofradías*. 1655. Testamento de don Cristobal Muñoz de Hermosillo.

7. Patricia de Leonardo y Jaime Espín. *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: Nueva Imagen, 1980. p. 62.

8. Thomas Calvo. “Demografía y economía: la coyuntura en Nueva Galicia en el siglo XVII”. *Historia Mexicana*, vol. XLI, núm. 4, abril-junio de 1992, p. 608.

9. Luis González. *Sahuayo*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán, 1979, p. 60.

10. Alonso de la Mota y Escobar. *Descripción geográfica de los reynos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*. Guadalajara: Gobierno del Estado-Universidad de Guadalajara. 1993. pp. 118-119.

11. José Menéndez Valdés. *Descripción y Censo General de la Intendencia de Guadalajara 1789-1792*. Guadalajara: UNED, 1980. pp. 107-109.

12. Archivo Parroquial de Jalostotitlán (APJ). "Padrón del pueblo de Jalostotitlán". f.108. El documento contiene la lista de familias no indígenas de toda la feligresía. No se ha localizado la parte correspondiente para los pueblos de indios o alguna indicación acerca del propósito con que fue levantado el censo sin incluirlos.

Las estadísticas virreinales no contienen mucha información sobre la evolución demográfica de los grupos afroalteños. Desde las primeras décadas de dominación española es notorio que la población negra de la Nueva Galicia no recibió la misma atención que la blanca e indígena en los censos y descripciones realizadas por las autoridades. Para 1605 el obispo De la Mota y Escobar, en su descripción de la diócesis, se limitó a mencionar la existencia de 36 indios tributarios en la encomienda de Jalostotitlán y otros 30 indios en el resto de los pueblos que estaban en su jurisdicción, sin mencionar siquiera las propiedades españolas dispersas a través de todo el territorio parroquial donde había numerosos trabajadores afroamericanos.¹⁰

Es claro que la preocupación de autoridades y funcionarios al elaborar estos documentos se centraba en la población indígena. Para determinar el número y la situación en que vivía ésta, la metrópoli solicitaba informes, censos y descripciones de las provincias hispanoamericanas y esto podría explicar la ausencia de datos suficientes acerca de otros grupos, especialmente aquellos que no estaban obligados a pagar tributo, como los mulatos y castas.

En 1792, cuando José Menéndez Valdez, visitador de la Intendencia de Guadalajara, intentó contar a los mulatos, encontró 49 en todo el partido civil de Jalostotitlán, aunque sin mencionar si se trataba de libres o esclavos.¹¹ Sin embargo, esta cifra resulta difícil de aceptar por su diferencia con la que, nueve años antes, había registrado el párroco del lugar: 230 familias de mulatos, 47 de ellas de esclavos, además de un número importante de afroamericanos que no formaban parte de un grupo familiar y residían en casa de sus amos.¹² Una variación tan amplia en las cifras en el lapso de una década parece difícil de explicar sólo por diferencias existentes entre los límites de la jurisdicción civil y la eclesiástica consideradas en cada caso. Parece más confiable el conteo del cura, que consistió en la elaboración de una lista con nombre, etnia y edad de cada uno de sus feligreses.

En 1763 la población de la parroquia de Jalostotitlán comprendía alrededor de 10 000 personas, de las cuales aproximadamente la mitad eran indígenas. La población de origen africano sumaba un total de 2 329 individuos: 1 766 mulatos libres y 563 mulatos esclavos.¹³ El padrón de 1783, de donde proceden estas cifras, muestra que la población cautiva superaba en mucho a los mestizos, que eran 258.

En Los Altos, el término "mulato" identificaba prácticamente a todos los individuos con algún grado de sangre africana en sus venas. Independientemente de la etnia del padre, los hijos de una mujer mulata eran anotados en las actas de bautismo como mulatos. Ni los censos parroquiales ni las partidas de matrimonio o defunción de la segunda mitad del XVIII muestran la existencia de esclavos angoleños o congoleños de nacimiento, ni utilizan nunca la palabra "negro" que en otras regiones los distinguía de aquellos que ya se habían mezclado con otros grupos.¹⁴

La esclavitud disminuyó rápidamente durante las primeras décadas del siglo XIX. El padrón parroquial¹⁵ levantado en 1817 no registró el grupo étnico de la población, pero sí señala claramente a los esclavos y permite algunas observaciones: para esa fecha quedaban sólo 32 esclavos en el curato, todos vivían en el pueblo de Jalostotitlán y eran adultos, con una sola excepción, un párbulo de tres años que vivía con su madre soltera, ambos propiedad de don José María González. En este padrón aparecen otras siete esclavas solteras que tienen uno o más hijos a su lado en casa de sus amos, pero todos estos niños aparecen registrados como libres.

En Jalostotitlán y su región, los niveles de la población cautiva se mantuvieron mediante reproducción natural y no por la compra de nuevos elementos, hasta que se inició el proceso de desaparición de la esclavitud, en los primeros años del siglo XIX. Así lo indican el número de nacimientos de la segunda mitad del XVIII y las escasas evidencias de compras por parte de los amos de la zona de Jalostotitlán.

13. Celina Becerra Jiménez. *Una población alteña Jalostotitlán, 1770-1830*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, p. 61. (Tesis de Maestría).

14. A fines de la colonia en Jalapa todavía se distinguía entre negros, aquellos sin mezcla; pardos, resultado de la unión de negro e indígena, y mulato, producto de la mezcla de sangre negra y española. Carrol. *op. cit.* En Guadalajara también se reconocían varias categorías entre la población de origen africano hacia 1821. Cfr. Rodney Anderson. *Guadalajara a la consumación de la Independencia: estudio de su población según los padrones de 1821-1822*. Guadalajara: UNED, 1980, p. 23.

15. Archivo General de la Nación. *Genealogía*. Sagrada Mitra de Guadalajara, padrones.

16. APJ. *Bautismos*, vols. 11-19.

La revisión de las partidas de bautismo en el período 1770-1821 de la parroquia de Jalostotitlán, mostró que el número de recién nacidos esclavos bajó de un promedio de 12 por año registrado en el primer quinquenio estudiado, a sólo 4 entre 1805 y 1809, si bien la disminución parece haberse iniciado desde 1795. En la década de 1770 los bautismos de niños no libres representaban el 4% sobre el total.¹⁶

En esos años finales de la colonia resultaba más barata y eficiente la mano de obra libre y esto se reflejaba en el campo alteño. El número de esclavos que llegaban al matrimonio bajó de un promedio de 5 por año en el quinquenio 1771-1775 a 1.5 para 1805-1809. En 1810 y 1811 sólo hubo dos bautismos de esclavos, en 1812 ninguno y los últimos esclavos que se presentaron a la pila bautismal en Jalostotitlán fueron uno en 1813 y dos en 1814.

En la segunda mitad del siglo XVIII la distribución de la población no libre en la parroquia de Jalostotitlán era irregular. El grupo más grande residía en la cabecera, sumando un total de 49 individuos. Enseguida estaban algunos de los ranchos más importantes del curato: en la Ciénega de Arramoa vivían 37 esclavos; en Santa Ana, 34; en El Saucillo, 26 y en Coca, 25. Sin embargo, no era el total de habitantes de una localidad el factor determinante para encontrar un número importante de esclavos: en Moya, puesto con 193 habitantes, había sólo 4 esclavos, y en la Estancia de Abajo, con 120 vecinos, únicamente uno.

La mano de obra cautiva se concentraba de manera importante en la cabecera del curato y ocho ranchos que juntos sumaban 240 individuos, es decir, el 43% de todos los esclavos de la feligresía. El segundo lugar lo ocupaban otras 12 localidades que tenían entre 10 y 15 trabajadores de este tipo y el resto se repartía por toda el área. Había 10 ranchos que contaban solamente con un esclavo.

La presencia relativamente común de esclavos en Los Altos contrasta con la situación que prevalecía en los ranchos de la región de Córdoba, en el estado de Veracruz, donde su uso resultaba casi excepcional, aun cuando se trataba de una zona vecina de haciendas ca-

ñeras caracterizadas por contar con hatos muy numerosos de esclavos.¹⁷

Aunque la mayoría de la población no libre estaba muy limitada para llevar vida familiar, se ha encontrado una gran variedad de situaciones. Había una docena de esclavos que, además de vivir con su esposa e hijos, tenían su propia vivienda, independiente de la de sus amos. Estos casos se localizaron tanto en las haciendas grandes, como en ranchos con pocos habitantes. Todos estos jefes de familia estaban casados con mulatas libres y, por lo tanto, sus hijos eran también libres. Un ejemplo era Manuel Reynoso, casado con mujer libre. Manuel tenía su vivienda al lado de la de su amo, don Melchor Reynoso, en la Cañada de Guzmán, donde había numerosos mulatos libres y él era el único esclavo.

Las razones por las que estos hombres llegaban a gozar de este margen de independencia no parecen estar relacionadas con su matrimonio con mujeres libres, ya que el patrón común era que la esposa fuera a vivir con su marido en la misma vivienda del amo. En el padrón de 1783 aparecen numerosos ejemplos de esclavos casados con mulatas, seguidos por los nombres de la prole, registrada como libre, formando parte de la servidumbre de la casa.

Igualmente, cuando un hombre libre contraía matrimonio con una esclava, iba a vivir a casa del dueño de la mujer y en los censos, su nombre aparece después del de ella. En 1783 se registraron 5 mulatos libres en esta situación.

Finalmente, la proporción de población con sangre negra podría chocar con la concepción tradicional de Los Altos como una sociedad en la que predominan los rasgos criollos, pero no es una excepción en las tierras del occidente mexicano. Brading detectó una situación semejante en el Bajío, con un significativo número de esclavos que allá se dedicaban al servicio doméstico y, además, evidencias de que a fines del siglo XVIII las castas estaban en proceso muy avanzado de fusión con los indígenas.¹⁸

La presencia de trabajadores no libres en el campo sugiere que eran utilizados tanto para labores agrícolas como para

17. Naveda, *op. cit.*, p. 93.

18. David A. Brading. *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1850*. México: Editorial Grijalbo, 1988, pp. 99-102.

el servicio doméstico. Con frecuencia había más de 5 esclavos sirviendo en ranchos con sólo uno o dos ocupantes. Así, don Ramón Ramírez, soltero de 59 años, vivía con 7 esclavos en el puesto llamado Coca, mientras los propietarios de la Labor de Jiménez, una familia de sólo tres miembros, contaban con 11. Lo anterior sugiere que también las mujeres debieron desempeñar labores relacionadas con la producción agropecuaria.

Para 1783 las casas de la cabecera parroquial que poseían esclavos tenían de 2 a 3 en promedio. En el campo este promedio subía a 4 pero en las estancias y ranchos con tierras más extensas el trabajo era mucho y la mano de obra no libre podía aumentar, como sucedía en la hacienda de San José del Potrero, una de las más productivas del área que llegó a tener 17 esclavos.

Mulatos libres

Las partidas de bautismos, matrimonios y entierros que se conservan en el archivo del curato de Jalostotitlán indican que la población libre de origen africano fue numerosa y jugó un papel importante en el crecimiento demográfico y la economía regionales.

Los matrimonios de esclavos con mujeres libres, fuesen indígenas o criollas, daban origen a descendientes también libres que, como ya se señaló, en Los Altos recibía la categoría de mulatos libres. La documentación no establece distinciones en cuanto a las posibles mezclas con criollos, indígenas o los mismos afroalteños. Aparentemente, se utilizaba la palabra mulato para cualquier individuo con algún grado de herencia africana.

Hacia 1770 los bautismos de mulatos libres constituían el 11.5% del total en la parroquia de Jalostotitlán, pero dicha proporción aumentó, y en el quinquenio 1796-1800 rebasaba el 15%. Los años con mayor número de bautismos de mulatos libres coinciden con aquellos en que se inicia el descenso de los bautismos esclavos. Pero al iniciar el siglo XIX, cuando cabría esperar que continuara esa tendencia, los mulatos empe-

zaron a perder terreno frente a las otras etnias sin causa aparente, de tal forma que podría decirse que hay un proceso de “blanqueamiento” de la población de Jalostotitlán, que se advierte en la disminución del porcentaje de bautismos de castas y el aumento de los españoles al finalizar la colonia.¹⁹

En 1777, en Guadalajara, los mulatos constituían un 19% de toda la población. Para 1821 el censo levantado arrojó resultados que parecen sorprendentes pero que coinciden con la pronunciada declinación detectada en Los Altos: los mulatos eran sólo el 2% del total y aún sumándose a los coyotes, sólo alcanzaban el 3.1%.²⁰

Exogamia matrimonial

Varios estudios han mostrado que la población africana novohispana se caracterizó por su disposición a la exogamia matrimonial, de tal manera que negros y castas fueron las etnias que sirvieron como “puente” entre los dos mundos, jurídica y socialmente separados, de indios y españoles. Radell encontró que casarse con un miembro de otro grupo sociorracial se volvió un hecho cada vez más común para mulatos y pardos, al avanzar el siglo XVIII, en la feligresía guanajuatense de San Luis de la Paz. Esto se debía tanto al aumento de la población no indígena como a la aceptación que habían logrado las uniones entre miembros de etnias diferentes.²¹

En Jalostotitlán, los mulatos libres parecían seguir ese mismo patrón. Al analizar las actas matrimoniales correspondientes al periodo de 1770 a 1821 se encuentra que el porcentaje de exogamia alcanzaba el 50% entre 1770 y 1790. En las siguientes décadas hubo un descenso moderado que se mantuvo hasta el fin de la época colonial.²² Entre las mujeres afroalteñas la exogamia era menos frecuente que entre los hombres y presentó una baja más marcada entre 1770 y 1821, de aproximadamente la mitad de sus uniones fuera del grupo a un 30 o un 35% para los primeros años decimonónicos.

19. APJ, *Bautismos*, vols. 11-19.

20. Águeda Jiménez Pelayo. “El proceso de emancipación de los esclavos en México ¿La compra de la libertad o la abolición de la esclavitud? El caso de la Nueva Galicia, 1789-1821”. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Historia. Caracas, Venezuela, abril, 1989, p. 9. (Inédito).

21. Cecilia Radell Romero. “Matrimonio y raza en una parroquia rural: San Luis de la Paz, Guanajuato, 1715-1810”. *Historia Mexicana*, vol. XLII, núm. 1, julio-septiembre de 1992, p. 14.

22. Radell encuentra que durante todo el siglo XVIII se mantuvo un 41-50 por ciento de exogamia entre las castas. *Ibid.*, p. 21.

23. APJ, *Matrimonios*, vols. 4-10.

La geografía jugó un papel importante en las preferencias matrimoniales de los afroalteños. De un total de 411 novios mulatos registrados entre 1770 y 1821, la mitad (204) optó por mujeres fuera de su etnia pero residentes en la misma localidad que ellos.²³

Mano de obra mulata en una sociedad ranchera

Según el Padrón de 1783, los afroalteños libres sumaban 1 766 individuos, ocupando el tercer lugar entre los jalostotlenses, después de indígenas y españoles. Se trataba de una población dispersa por toda la jurisdicción parroquial. En la cabecera residían 310, entre los que se contaban 5 sastres, 3 obrajeros, 2 herreros, un barbero y un carroceros. El resto prestaba sus servicios sobre todo como sirvientes.

Los descendientes de los antiguos esclavos eran quienes realizaban buena parte del trabajo artesanal que requería la parroquia. Las tareas a las que se dedicaban estos hombres y mujeres no variaban grandemente con respecto a las de sus antepasados: terratenientes y criadores de ganados seguían necesitando mano de obra y sus familias de ayuda en tareas domésticas, y eran ellos quienes, en realidad, llevaban el peso de una buena parte de las actividades productivas.

En el campo eran muy pocos los puestos y ranchos que no contaran entre sus vecinos a varios mulatos. Amador, Rincón de los Guzmán y Cañada de los Ramírez constituyen excepciones que confirman la regla. En otras localidades, aunque no hubiera mulatos libres, la presencia africana se manifestaba a través de esclavos, como en La Cañada de Don Jerónimo, donde los rancheros criollos eran auxiliados en las tareas del campo sólo por indios laboríos y 5 esclavos.

En contraste, estaban El Capulín, La Angostura, El Gavilán y Las Carretas, ranchos donde toda la población era mulata. En el primero de ellos, todos los jefes de familia eran arrendatarios y varios llevaban el apellido Franco, de donde se deduce que podía tratarse de los miembros de un

mismo tronco familiar. Toro Pinto era el rancho más pequeño de todo el curato: su población se limitaba a dos familias, también de mulatos arrendatarios.

La presencia de mulatos en ranchos y puestos muestra que jugaban un papel importante para las actividades del campo alteño. Ellos constituían la mayoría de los arrendatarios de la zona y, como tales, debían pagar renta por la tierra en la que sembraban maíz. La práctica general era que el dueño de las tierras escogiera las mejores extensiones para labrarlas por su cuenta, mientras las de menor calidad eran entregadas a los arrendatarios. En consecuencia, la población afroalteña debía realizar mayores esfuerzos para obtener un mínimo de cosechas y constituía el sector más vulnerable en los años de malas cosechas.

Otro porcentaje importante de mulatos trabajaban como sirvientes en las propiedades de los criadores de ganados criollos quienes los ocupaban como vaqueros. Al parecer, los descendientes de los esclavos africanos se especializaron en las actividades ganaderas y para 1783 constituían el grueso de los vaqueros, mozos y pastores. En El Astillero, rancho habitado por un caporal y cuatro vaqueros con sus respectivas familias, todos eran mulatos.

Hacia 1783 cerca de 600 mulatos libres se ganaban la vida como sirvientes en la jurisdicción de Jalostotitlán. De ellos, 134 eran jefes de familia y el resto residía en la casa de sus patrones. Entre los primeros había 11 casos que correspondían a sirvientas mulatas que tenían su propio hogar —siete viudas y cuatro solteras— tanto en la cabecera como en alguno de los ranchos. Esta situación las diferenciaba de las criollas, quienes, aunque llegaban a trabajar como sirvientas, no establecían su casa en forma independiente. Entre los hombres, en cambio, de un total de 123 hogares cuyo jefe era un sirviente, sólo 16 se localizaban en el pueblo y el resto en las localidades más pequeñas.

En total, las mujeres constituían el 60% de los sirvientes mulatos y puede decirse que ellas se encargaban de una buena parte de las tareas domésticas en la cabecera y en algunos ranchos, donde también colabo-

raban en labores relacionadas con la explotación de la tierra y la cría de animales.

La población afroalteña llegó a tener acceso a la propiedad de la tierra. Según el padrón de 1783 había 10 jefes de familia mulatos "con afán", categoría con la que se identificaba a los dueños de alguna extensión. En la misma fuente aparecen otros siete casos de afroalteños "con cortedades", categoría que se utilizaba para señalar a quienes contaban con algunos bienes, ya fuera en tierras o en ganado; entre ellos Manuela Landeros, mulata, viuda "con cortedades" de la Estancia de los Casillas, cuyo hogar incluía a tres hijos solteros, además de una hija casada, su yerno y dos nietos.

La Cañada de Guzmán, rancho con una población mayoritaria de origen africano —11 hogares mulatos y 4 españoles—, bien podría considerarse un ejemplo de la variedad de situaciones que experimentaban los afroalteños al acercarse el fin del siglo XVIII. De los once hogares de mulatos que habitaban allí, tres fueron clasificadas "con cortedades", y seguramente sus condiciones y vida cotidiana debían ser muy semejantes a las de su vecino José Casillas, el único criollo de ese lugar registrado bajo la categoría "con cortedades". Los miembros de otras tres familias de mulatos eran sirvientes que se dedicaban a atender los ganados de los terratenientes criollos y había también un "mulato con su trabajo", además de otro que fue registrado como pobre y uno más, "tullido", que vivía de limosna.

Esta variedad de circunstancias que dejan ver las fuentes alteñas coincide con los hallazgos de estudios sobre otras regiones que muestran que, en el período colonial, la esclavitud fue un fenómeno que incluyó una amplia gama de situaciones y posibilidades y que no se limitó a la explotación del trabajo de los africanos en zonas tropicales o productos para la exportación, sino que se extendió a todo el territorio novohispano, adoptó distintas modalidades regionales, abarcó un gran número de actividades, y dio lugar a un abanico muy amplio de patrones y conductas sociales.

En Los Altos de Jalisco es posible documentar una importante presencia de población africana que incluyó el aprovechamiento de trabajo esclavo para las tareas propias de la región, especialmente la ganadería, y la participación de mulatos libres en la economía. Asimismo, es posible constatar una declinación de la esclavitud a través de distintas vías durante las dos últimas décadas del período colonial.

Los datos presentados llevan a considerar que la historia de la población africana llegada a la Nueva Galicia es una tarea que deberá emprenderse a partir de fuentes parroquiales, municipales y locales, ya que se trata de un sector de la población que a menudo se pierde en estadísticas y relaciones de cobertura más amplia.